

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

JOSÉ ENRIQUE RODÓ. (*Ariel*)

Hablar de un libro unánimemente consagrado por la alta crítica, y del que se ha ocupado extensamente Leopoldo Alas, resulta tarea ridícula en nosotros; pero su autor que ha tenido la bondad de enviarnoslo, con amable dedicatoria que nos enaltece y nos obliga profundamente, nos impone la tarea ardua de escribir, cuando ya sin duda el tema se ha agotado.

Nosotros hemos leído *Ariel*, como uno de esos extraños libros que llegan de países ignorados y remotos. Y sin duda alguna ese gran ensueño de un espíritu demasiado profundo y demasiado grande, tiene algo de exótico y de extraño. En nuestros tiempos ya no se piensa así; ese lenguaje y esas ideas demasiada abstractas, demasiado *de aire*, hacen sonreír irónicamente al espíritu moderno, imbuido en las teorías positivas, lleno de excepticismo y de duda. *Ariel*, para nosotros, nos resulta un grito articulado en el vacío: libro demasiado ingenuo para nuestra, precoz juventud que sólo busca la sensación y desdeña «la parte noble y alada del espíritu», como agente inservible en la sociedad moderna. La juventud, empírica por excelencia, oírá la palabra llena de magestad y de unción de Próspero, como una música lejana y suave, como escuchan los viejos esas canciones que han oído en la infancia y que sólo consiguen despertar el recuerdo de aquellos días, pero sin que estos vuelvan. La juventud escuchará sin duda esa voz que se levanta;

podrá, domina por la inspiración del poeta, escuchar hasta el fin ese poema imposible, podrá permanecer en éxtasis ante la grandeza y la hermosura del estilo, pero una vez que esto haya cesado, que las páginas del libro hayan concluido, la misma juventud que un momento antes escuchaba dominada y atenta, se encogerá de hombros y una sonrisa de desdén vagará por sus labios pálidos de precoz corrompido.

Rodó ha oficiado de lírico. Su poema dirigido á la juventud de América, nos recuerda una de esas portentosas obras de los grandes románticos, ante las cuales bostezamos aburridos, insultando su grandeza. El reinado de la imaginación ha concluido. Hoy ya no se arrastran los pueblos con teorías, ni se someten las multitudes con arranques de elocuencia dantoniana. La verdad implacable, «la lógica brutal de los números», los hechos descarnados, son la base del pensamiento moderno. Hugo ya no es más que una sombra de gloria, Balzac vive aún en la conciencia contemporánea.

La juventud dejará pasar ese grito de aliento, como una racha de tempestad que se pierde en el horizonte.

Rodó vuela demasiado alto, su libro escrito en un estilo arcaico, sólo accesible á ciertos espíritus, no es tampoco una obra de inspiración para el pueblo. La misma juventud, vacila ante ciertas oscuridades. *Ariel* tiene algo de misterioso, de arcaico, de demasiado elevado. Al empezar su lectura, cremos entrar en un templo del que ignoramos el rito. Pitágoras, encerrado con sus iniciados, tiene ese misterio y esa grandeza.

Rodó ha hecho sinembargo obra de bueno; si su imaginación romántica no lo hubiera arrastrado tan alto, sin duda, en lugar de un devaneo de filósofo espiritualista hubiera escrito un obra positiva y útil, puesto que no le faltan dotes intelectuales.

Pero, de cualquier modo, unamos nuestro aplauso humilde, al aplauso general que en estos momentos tributa la América toda, á quién por su talento y su ilustración honra á nuestra patria.